

CAPÍTULO V.

Religion.

I. Todas las religiones son buenas.—II. Yo respeto todas las religiones.—III. ¿Queréis que vayan al infierno todos los que no piensan como nosotros?

Que se necesita una religion, hay pocos en el mundo que se atrevan á negarlo; porque, reconociendo la existencia de Dios, todos se persuaden de que no se le puede negar algun culto. Por desgracia, empero, son demasiados los que le niegan el que debe dársele. Para que pudieran desobedecer á Dios á mansalva, han dado crédito á ciertos axiomas, los cuales, admitidos una vez como verdaderos, producen mil desórdenes. Comencemos por el principal. Todas las religiones son buenas, dicen: ¿á qué fin afanarse en tantas investigaciones y en tantas disputas sobre ellas? Sólo los intolerantes desconocen esta gran verdad, y aspiran á que todos piensen segun su modo de ver.

Oiréis repetir estos singulares principios con tanta frecuencia, y quizás á personas de tal reputacion, que será un milagro que comprendais las gravísimas iniquidades que encierran. Examinémoslos un poco.

I. *Todas las religiones son buenas.*—Esta proposicion encierra el permiso para cometer el mayor delito que puede perpetrarse sobre la tierra. Porque ¿qué cosa quiere significar? Que cualquiera supersticion, cualquier acto de idolatría, cualquiera error en el cual pueda caer un hombre respecto de la Divinidad, es tan bueno que puede ser el obsequio más puro que á la misma se haga. Son tambien religiones hasta las de los judíos, de los musulmanes, de los bracmanes, de los iroqueses, de los pueblos de Sandwich, los cuales reniegan de

Jesucristo, y se postran delante de Mahoma, de Budha, de Sciacca, ó de cualquier otro ídolo. Si todos los cultos son buenos, es preciso decir que son una misma cosa el error y la verdad, el honor de Dios y su vituperio, conocerlo y negarlo, adorarle ú honrar al demonio por medio de los ídolos. ¿Puede darse monstruosidad más portentosa que ésta?

¿Por qué, pues, prohibió Dios en la antigua ley con tantas órdenes la idolatría? ¿Por qué amenazó con tantas penas al que incurriese en ella? ¿Por qué reprimió con mil castigos á tantos hombres, y exterminó á tantas naciones idólatras? ¿Por qué tomó tantas precauciones, á fin de que su pueblo no cometiese aquel exceso? ¿Se ha descubierto ahora que todas las religiones son buenas, y que todas son lo mismo!

El pueblo judío tenía tambien una religion ántes de que Jesucristo viniese al mundo: religion verdadera, porque reconocia al único verdadero Dios, y religion buena, porque honrábalo con prácticas santas, manifestadas ó queridas por el mismo Dios. Si toda religion es buena, ¿por qué vino á sustituirla y abrogarla? Si para Dios es lo mismo, cualquier culto, no habia razon para este cambio.

Pero quizás querrán decir que á lo ménos todas aquellas religiones que de algun modo reconocen á Jesucristo, son buenas: aunque limiten así su proposicion, no será ménos impía ni ménos absurda. Porque, ¿quien ignora que las sectas protestantes están divididas en mil diferentes partidos?

Aquellas doctrinas que defendieron con tanto ardor en el principio son rechazadas ahora casi universalmente. Lo que piensan los luteranos, lo niegan los calvinistas; lo que admiten los calvinistas lo rechazan los presbiterianos; lo que admiten éstos lo impugnan los anglicanos; lo que admiten éstos lo desechan los disidentes, y así sucesivamente. Todas las sectas tienen hoy su símbolo, que, envejeciendo mañana, será cambiado. De donde resulta que mientras los unos consideran revelada una verdad, los otros no la juzgan tal, poco ni mucho. Todo esto es indudable. Ahora bien, ¿Qué quiere

decir que todas las religiones son igualmente buenas? Es lo mismo que decir que es igualmente bueno y verdadero el sí y el no; que es bueno, por vía de ejemplo, adorar al Santísimo Sacramento del altar con los católicos, y que lo es, adorándolo, cometer un acto de idolatría, como piensan los calvinistas; que es bueno recibir la absolución de los pecados en el sacramento de la Penitencia, como quieren los católicos, y que lo es burlarse de él, como lo hacen los anglicanos; que es bueno adorar á Jesus como vivo y verdadero Hijo de Dios, lo cual hacen muchas sectas á una con la Iglesia católica, y que lo es considerarlo una simple criatura, cosa que hacen los socinianos y los unitarios. ¿Y qué es todo esto? Es bafarse claramente de Jesucristo, porque se viene á decir de hecho, ó que no ha manifestado con su revelacion lo que queria que se creyese y practicase, ó que, manifestándolo, no ha sabido hacerse entender de los hombres; y, finalmente, que no le importa poco ni mucho lo que hacen ó creen sus secuaces.

Hasta qué punto sea esto injurioso al Redentor del mundo, é impío en sí propio, puédesse deducir del afan extraordinario con que Jesucristo nos procuró instruir en la verdad. El Unigénito Hijo de Dios, atravesando la distancia infinita que de nosotros le separaba, se hace hombre: despues de hacerse visible en nuestra humanidad, predica, enseña, inculca la verdad, establece una Iglesia, hace la depositaria de su doctrina, le da su espíritu, y le promete su asistencia hasta la consumacion de los siglos, á fin de que nunca caiga en error. El Hijo de Dios envia á todo el mundo á sus Apóstoles para que anuncien las verdades que ha predicado; las establece con todo género de prodigios, de milagros, de gracias y de virtudes; las confirma con la sangre más pura de sus fieles; y despues de haber hecho todo lo posible para que los hombres lleguen á la posesion de su doctrina, vienen estos flamantes maestros y nos hacen saber, como si nos revelasen un gran secreto de perfeccion, que á Jesucristo nada le importa lo que crean ó practiquen los de-

más en materia religiosa. Si esto no es hacer chacota de las enseñanzas divinas, ¿que será?

Y despues de burlarse de Jesucristo, pasan á burlarse tambien de toda la Iglesia, porque levantan cátedra contra la cátedra que ha levantado, y enseñan directamente lo contrario de lo que ella enseña. ¿Cómo no? Si todas las religiones son buenas, no existe ya herejía de ninguna especie; y sin embargo, el Apóstol coloca la herejía juntamente con el homicidio y el adulterio (1), quiere que los herejías sean separados de los fieles, y afirma que no heredarán el reino de Dios. Si todas las religiones son buenas, debió equivocarse el apóstol San Juan, ya cuando mandó que no se recibiera en casa al herejía, ya cuando no quiso poner el pié en un baño público donde se hallaba el hereje Cerinto, como lo testifica San Ireneo. Si todas las religiones son buenas, son ridículas las recomendaciones del Apóstol para que se conservára intacto el depósito de la fé y se hablase de ella con exactitud, así como son vanas las solicitudes de la Iglesia para precaver á los fieles contra toda clase de novedades en las creencias. Si todas las religiones son buenas, fueron inútiles tantos Concilios y tantas luchas sostenidas contra los herejes desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nosotros. Si todas las religiones son buenas, fueron estópidos tantos Obispos, tantos sacerdotes y tantos fieles que soportaron cárceles y muertes cruelísimas para sostener contra los arrianos, contra los nestorianos, contra los cismáticos, ó contra otros herejes, la verdad católica.

¿Lo creereis? Si todas las religiones son buenas, es inútil, no sólo la vigilancia de los Obispos y la socilidad de los sacerdotes en amaestrar é instruir, sino tambien la fundacion de la Iglesia, la asistencia del Espíritu Santo, y todo lo hecho por Jesus, porque ántes de su primer venida á este mundo habia ya religiones. Finalmente: si todas las religiones son buenas, es inútil la predicacion de los ministros protestantes, y son inútiles las declama-

(1) Galat., 20, 21.

eiones de los incrédulos. Porque ¿cómo es que procuran tanto convertir á los católicos en protestantes, ó hacerlos deistas, ateos, naturalistas, ó qué sé yo? Si todas las religiones son buenas, nada ganan consiguiendo que otros acepten la suya, y éstos nada pierden siendo católicos, porque hasta el catolicismo es una religion, y todas las religiones son buenas.

Véase, pues, cómo aquella máxima tan absurda, contiene por fin, además un insulto gravísimo aún á la razon y buen sentido, porque cosa es de un frenético y de un loco imaginar que se engañaron todas las generaciones de los hombres que con su celo, con sus obras y hasta con las guerras de religion, mostraron el convencimiento que tenían de que no podían ser buenas todas las religiones. Y ciertamente, si sólo puede ser una la verdad en sí misma; si Jesucristo no ha revelado más que determinadas cosas, y si sólo éstas son indudables, forzoso será que sólo exista una verdad, y que únicamente sea buena una religion.

II. ¿Qué querrá decir, por consiguiente, aquella frase *yo respeto todas las religiones*? Quiere decir prácticamente: «Yo no creo que ninguna sea verdadera, ó las juzgo todas dudosas, ó creo que importa muy poco resolver esta cuestion.» Lo primero es la negacion de todas las revelaciones, y equivale á declarar sofismas todas las pruebas que han decidido hasta hoy á los pueblos, á los príncipes, á los sencillos y á los sábios, á optar por el Cristianismo; lo segundo es un acto formal de apostasía, porque los que dudan de la fé son ya infieles, lo cual es notorio; lo tercero, equivale á decir que es de poco momento que el hombre deseche la verdad con respecto á su Criador; que no importa lo que un Dios ha creído importante, hasta el punto de venir del cielo con el fin de enseñarlo; y, por último, que no es de trascendencia que el hombre consiga su fin último, al cual tiende toda la Religion.

Lo que place á no pocos en lo dicho es cierta apariencia de sublimidad filosófica y de tolerancia humanitaria que los libertinos desean mucho po-

ner de realce; pero es precisamente una apariencia y nada más, porque no hay cosa más contraria á toda buena filosofía y á toda verdadera humanidad que un respeto tan tonto á cualquier culto. La filosofía es la primera que se resiente; porque ¿quién ha oido nunca enseñar á un verdadero filósofo que respete igualmente todas las sentencias contradictorias? Si la filosofía es la indagacion de la verdad, conformarse con el error, y, lo que es más vituperable, llegar á respetarle, es el acto ménos filosófico que se puede concebir. Aún es mucho más contrario á toda humanidad verdadera, porque si ésta enseña á no despreciar á los que yerran, á compadecerlos y amarlos, no ha enseñado nunca á soportar el error tranquilamente. Y sin embargo, esto es lo que significa indudablemente aquel famoso dicho. *Yo respeto todas las religiones*, quiere decir: «yo respeto aún lo que sé de seguro que no puede ser verdadero, porque la verdad no puede hallarse en las proposiciones contradictorias.» Si dijéseis, por el contrario: «yo compadezco á todos los que yerran, les amo, y no les quiero mal aunque viven en tinieblas,» hablaríais, no solamente como un hombre bueno, sino como un católico, del cual es propio, segun dice San Agustin, detestar los extravíos y compadecer á los extraviados; pero decir: «yo miro sus errores, sus locuras, sus aberraciones, y las respeto,» es á la vez una tontería y una impiedad. Una tontería, porque vale tanto como decir que se respeta lo que no merece ningun respeto en el mundo, ó sea la falsedad; y una impiedad, porque viene á declararse que se respeta lo que Dios ódia infinitamente, y lo que quisiera ver exterminado del universo.

Hé aquí por qué, cuando desde hoy en adelante se os presente la coyuntura de oír á uno de los que afirman con gran presuncion que todas las religiones son buenas, y que las respeta todas, examínelo desde la cabeza hasta los piés. Si advertís que es uno de aquellos niños grandes que, para darse aires de hombre *despreocupado*, deja salir de la boca dicha sentencia, que no alcanza, despues de compa-

decerle en el fondo del corazón, corregidle, si podéis, un poco; si notais que es uno de aquellos hombres profundamente inicuos, que traen al palenque aquellas proposiciones conociendo todo su veneno, échaos sobre él como si fuese una víbora; desenmascaradlo y avergonzadlo de suerte que no se atreva más á darse aires de filósofo en vuestra presencia, con deshonor de Jesucristo, y con daño de las almas redimidas por Él.

III. *¿Quereis que vayan al infierno,* añaden despues, *todos los que no piensan como nosotros?* Lectores míos, he resuelto ántes la dificultad, haciendo ver que al infierno no va sino el que quiere, porque la providencia de Dios no falta ni á los gentiles, ni á los herejes. Aquí me contentaré con oponer á vuestra interrogacion otra interrogacion. Me preguntais: «¿Quereis que vayan al infierno todos los que no piensan como nosotros?» Os pregunto á mi vez: ¿quereis que vayan todos los hombres al paraíso, sea cual fuere su modo de pensar? ¿Por qué vino entónces el Hijo de Dios á establecer en la tierra una Religion? ¿Por qué abrogó las demás, y dicho tan solemnemente que se condenarian todos los que no creyeran en la suya? ¡Oh! ¿Qué? ¿Habria hecho nunca tantas leyes, amenazado con tantas penas, y, lo que es más, encontrado y sufrido tantas humillaciones al hacerse nuestro Maestro, para dejar despues á cada uno el derecho de hacer lo que mejor le pareciese? ¿Qué decís? La fé católica enseña que Dios quiere sinceramente la salvacion de todos; mas quiere que la logren por el camino que ha trazado; hasta el punto de que, si no lo siguen pudiendo, los condenará infaliblemente. El único caso que los puede sustraer á los rayos de la divina Justicia es aquella ignorancia invencible porque no se sospecha; mas áun entónces (segun lo hemos dicho) serán ayudados por Dios, primeramente para que principien á hacer lo que puedan en el estado en que se hallen, y despues para que puedan hacer lo que ahora no pueden. Dios no salvará al turco dejándole turco, ni al idólatra dejándole idólatra, sino que con su gracia lo

atraerá á la verdad, que es indispensable para la salvacion, logrando efectivamente salvarse los que correspondan á la gracia divina, y pereciendo infieramente los que, resistiéndola, permanezcan infieles. Hé aquí por qué los que se pierden no van al infierno porque no piensan como nosotros, sino porque son infieles á las gracias que reciben, y porque por su culpa no llegan á pensar con rectitud, como deben.

No hay que poner en duda esta doctrina por una compasion necia, ni por frases sentimentales románticas, ni por un humor fantástico de filantropía. El Señor, que ha creado á los hombres y que los ha redimido, los ama un poco más que nosotros; y si ha determinado una cosa, no debemos nosotros rehacer sus designios, y sustituir nuestro limitado modo de ver á su providencia.

Por lo demás, ¿quereis saber á dónde iria, por último, á parar esta teoría sentimental? A destruir toda la obra de Jesucristo sobre la tierra, y á dar entrada libre á todos los errores. Realmente afirmáis que Dios no puede condenar á los que no piensan como nosotros, y aplicais este dicho á los protestantes, á los herejes, á los que tienen, por lo ménos, algun conocimiento de Jesucristo; mas, ¿quién impide que otro más compasivo aplique aquel propio dicho á los musulmanes y á los idólatras? ¡Oh! ¿Por qué no deberán salvarse también éstos? Establecido este principio, y ensanchados los horizontes de la compasion, no se ve por qué no deben salvarse también los racionalistas, los panteístas, los deístas, y, finalmente, todos aquéllos cuya sola falta estriba en honrar á Dios á su manera. Ciertamente, los libertinos no deberían entónces ser castigados, porque áun ellos sólo son responsables de no pensar lo mismo que nosotros. Diré más: Neron, Judas, los mismos demonios del infierno, ¿qué han hecho? Han pensado á su manera, y nada más. Si la compasion ha de hacer la ley, es evidente que el Cristianismo llega á ser inútil, porque cada uno de los que piensan á su modo tiene igual derecho á salvarse. Caro lector mio, esto es

el colmo del absurdo. Dios es verdad, y justicia y santidad: no es sólo misericordia. Jesucristo ha declarado que *quien crea en El, y sea bautizado, se salvará*; y que *quien no crea, se condenará*: es preciso que así sea. El Apóstol ha dicho que *sin fé es imposible agradar á Dios*: se necesita ésta, por consiguiente. En conformidad con tal doctrina, el mismo Apóstol colocó la *herejía* entre los homicidios y los adulterios, afirmando que *quien incurriese en aquella no heredará el reino de los cielos*; es claro, por consecuencia, que quedará excluido. Estas y otras innumerables sentencias de la Sagrada Escritura, la autoridad de la Iglesia santa, la tradición de todos los Padres, nos aseguran que no hay salvacion fuera de la verdadera fé de Jesucristo: no basta, pues, creer estar en lo verdadero cuando hay obligacion y medios de no pensar de esta suerte.

Si esto puede aplicarse á todos los hombres, y si hasta los infieles y los herejes tienen precision de hacer lo que puedan para llegar poco á poco á la verdad, ¿cómo han de merecer excusa los «volterianos» y los libertinos que viven en medio de nosotros? Estos rechazan y reniegan del Cristianismo despues de haberlo conocido; lo rechazan para obrar segun su corazon corrompido; lo rechazan á pesar de los remordimientos de su conciencia, afrentando de un modo abominable al Señor, que por su misericordia los habia iluminado, y pretendiendo despues que de todas maneras debe salvarlos la divina bondad. ¡A fé que Dios mudará sus designios, hará que sean falaces sus palabras, retirará sus amenazas, y les abrirá de par en par las puertas del cielo para no privarse de su compañía! ¡Presuncion impudentísima de gusanos asquerosos que creen ser poco ménos que necesarios á la Divinidad! ¡Ah! Persuádase cada uno de que no servirá á un reo la compasion de otro, cuando el juez proteste que no quiere ser compasivo.

es evidente que el Cristianismo llega á ser inútil, porque cada uno de los que piensan á su modo tiene igual derecho á salvarse. Como lector mio, esto es

CAPÍTULO VI.

Religion.

I. Los católicos son intolerantes.—II. No tienen caridad.

Lo manifestado en el capítulo anterior suministra á no pocos ocasion de acusar á los católicos de *intolerantes*; como esta acusacion es sumamente grave en nuestros dias, en los que es de moda encarecer la discrecion, la prudencia y la humanidad, todos procuran declinarla. No os conmovais, empero, excesivamente. Procurad, por el contrario, comprender qué cosa sea la intolerancia de los católicos, y quizás encontrareis en ella más bien motivo de alabanza y de honor, que de culpa y de confusion.

I. *Los católicos son intolerantes*, dicen primeramente, *cuando se trata de religion*. Advertid que los que dirigen esta acusacion son los protestantes, ó los grandes admiradores de la tolerancia protestante, que quisieran ver trasplantada á nuestra nacion. Mas ante todo, preguntadles con mucho secreto y confidencialmente sobre la tolerancia que conceden en su país, y cómo la entendieron, v. gr., los tolerantísimos ingleses durante tres siglos con los católicos de Inglaterra, de Escocia, y sobre todo de Irlanda, y cómo la han conservado en las palabras, en las leyes, en la libertad. Preguntadles si han promulgado alguna ley que á los mismos se refiera. Decidles tambien que, para edificacion vuestra, os hablen con toda confianza. ¡Hipócritas! Tienen el valor de hablar de tolerancia con un código que respira opresiones, mantanzas, ultrajes, carnicerías de todo linaje contra un pueblo que cometió el gran delito de querer conservarse fiel á la Religion de sus padres y de todo el mundo civilizado; con una historia que recuerda